

## I

En otoño, cuando empezaban a humear las chimeneas y el pueblo olía a paja quemada, a establo y a tierra en carne viva, enviudó la madrina Magdalena. Era joven y hermosa todavía.

El marido muerto, propietario medio, le dejó algunas tierras, un buen tiro de mulos y casa con dos pisos y granero.

Tan pronto como le pusieron cerco el deseo de los hombres, la lengua envenenada de las comadres, la soledad sin hijos, los aparceros astutos y el luto permanente, vendió las tierras; y en su afán de huida maquinó profesar de novicia en el convento de las Redentoristas, según se supo luego; pero el cura, don Federico Hidalgo, segundón de una familia rica, cura párroco por vocación paterna, nunca propia, que supo de sus cuitas por el confesonario le sacó la vocación del cuerpo.

Tú te vienes conmigo, que me hace falta un ama.

Fue una de esas cosas que se dicen sin pensar demasiado, sin sopesar las consecuencias; siguiendo al instinto que, según consta en los libros, nunca engaña. Poco calibró don Federico Hidalgo las muchas horas de cilicio que habría de costarle la proximidad de Magdalena. Cilicio inútil, después de todo; como inútil resultó penitenciarse el costillar con empeño digno de empresa más rentable. Poderosa es la carne. Y el demonio. Y Dios, ¿a qué pruebas le complace someternos, si no aleja la tentación del pecador que se lo está rogando? ¿Dónde está Dios cuando resulta necesario?

Ella empezó su nuevo oficio con temor; cambió el luto riguroso por vestidos moteados con colores severos y mantuvo el tipo y la dignidad contra el viento de los rumores, que llegarían a ser fundados con el tiempo, y la marea de la escandalizada cristiandad del pueblo. Pasó el tiempo y la gente la llamaba la mujer del cura. Los niños sin embargo la llamaban la madrina Magdalena; llegaban por el portón de atrás de la casa parroquial y ella los atiborraba de pastelillos, pan tierno con miel de romero y de cariños maternos, pues siempre estuvo bien surtida la despensa del cura; y siempre echó ella en falta el calor de los hijos.

También muchas mujeres de los barrios más pobres, por el portón de atrás, le traían sus problemas y sus cestas vacías y la mujer del cura proveía.

Con el paso del tiempo volvió la paz a su mirada definitivamente y se olvidó de aquella desazón que la impulsó a envidiar aquella otra paz de la clausura.

También a una alegría sin razones de peso le encontró acomodo entre los pliegues de su corazón compasivo y alguna vez la sorprendió don Federico cantando romanzas de toreros desangrados y cuitas de princesas desoladas en los jardines sevillanos de Montpensier. En realidad, nadie tenía motivos razonables para levantarse alegre un día cualquiera, porque nadie pudo decir jamás que aquella tierra fuera amable. Allí los bienes siempre tuvieron dueño; y era la miseria quien gobernaba las vidas a su antojo; la miseria fue siempre el sustento que alimentó la brutalidad callada de los amos de la tierra, los administradores del hambre de los pobres, los ejecutores emboscados de cualquier violencia, los testaferros del poder ancestral, heredado, indiscutible. La única victoria que merecía la pena celebrarse era poder comer para seguir viviendo.

Cuando pasó la guerra rezongando amenazas, con su cortejo de muertes, el pueblo era una ruina extensa y, como perro apaleado, se lamía las heridas; pero había heridas a las que no alcanzaba con su lengua.

Sobre la campiña lloró el otoño del primer año glorioso de posguerra sus primeras lágrimas y el viento que viene de las mesetas del norte arremolinó bolas de pasto sobre las tierras sin cultivar. Entre las ruinas del pueblo crecieron los jaramagos y las malvas por algún milagro de la vida; y floreció también en las conciencias atormentadas la necesidad imperiosa de ajustarles las cuentas a los pecadores, como si desconfiaran de la portentosa memoria del Creador que nos aguarda, cuando llegue el momento, con todas las cuentas ajustadas.

Pero un cura es un cura; y el escándalo, pecado que Dios no puede perdonar. Así tomó forma la misiva voluminosa que preparó la gente de bien para su eminencia, el señor obispo. Pero Segundo Soria, acosado ya por sus fantasmas y quién sabe si también por los ladridos de su conciencia, se negó a firmarla, puso en duda a la comisión de los notables y acabaron por olvidar la empresa. Y si no los puso en duda, que no cabe duda en asuntos de tanta trascendencia, les recordó con su mirada fría y distante los favores antiguos y los lazos de amistad con los más firmes candidatos a compartir el poder que empezaba a repartir entre los fieles el invicto caudillo. Con ello se garantizaba cálida acogida en los corazones del pueblo bienamado. Y larga paz.

Bien está san Pedro en Roma. No era el caso arrostrar el enojo del poderoso, por más que anduvieran ya los cimientos de la casa grande mordidos por la destrucción larvada. Y todo, por un cura y su barragana que a buen seguro se quemarían en los fuegos del infierno, que ya se sabe que Dios aguarda a los pecadores al final del camino.

Y se dijeron unos a otros “con su pan se lo coman...”

Así pasó don Federico aquella prueba de fuego sin oler el humo. Y con el tiempo, que es bálsamo que cura todas las heridas, incluso los moribundos recurrían a sus buenos oficios, perdido ya el temor a que un cura en pecado permanente no les diera a sus almas la orientación adecuada para llegar a presencia del pescador galileo, metido por las vueltas que da la vida a portero de la eternidad.

Consecuencia de todo aquello fue que su eminencia recibió sólo cartas de pobres que pedían ayuda para levantar sus casas destruidas por la guerra, misivas perfumadas de piadosas damas que imploraban los procesos de beatificación de los mártires caídos por Dios y por la Patria y alguna oración de acción de gracias por dones especiales del Espíritu Santo para que fuese publicado en el Boletín Eclesiástico de la provincia.

Luego, años después, también se recibieron en palacio muchas cartas que reclamaban un sitio en los altares para una santa imposible de esta villa. Cartas inútiles. Ni siquiera logró la humilde condición de sierva del Señor. Como el gato escaldado huye del agua, así huye la Iglesia de lo impuro de lo que tanto sabe, tanto comparte y tanto calla.

La mucha carestía de los primeros años triunfales y el maquis con sus golpes de mano contribuyeron no poco a distraer la atención de la villa heroica y miserable. Y luego, los acontecimientos de la casa grande arrebataron la primacía a cualquier asunto en las crónicas tabernarias del pregonero Panarra.

Aquella mañana, aunque el verano había abierto hacía semanas su portón de bronce, el chocolate con picatostes que le preparaba Magdalena cada día le trajo un aire de tristeza, como un soplo de viento otoñal, familiar pero desapacible, levantando remolinos en los rastros de su memoria.